

LAS BUENAS OBRAS

Lectura: 1a. Cor. 3:10-23

I. - INTRODUCCION

Ya hemos estudiado, en otras oportunidades, cuáles son las buenas obras a las que hacen referencia las Sagradas Escrituras; muy distintas, por cierto, de las obras de caridad que procuran realizar los hombres para alcanzar el Reino de los Cielos. Sin embargo no podemos terminar nuestro estudio de algunas virtudes cristianas, sin volver a referirnos a este tema, puesto que culmina todo lo que un cristiano puede aspirar en este mundo: no solamente haber alcanzado en su vida la manifestación de ciertas gracias divinas, sino también poder ser útil a los demás, sirviendo al Señor a través de todos los dones que El mismo le concede.

Por ello también, al hablar de la fe, dijimos que hay una fe viva, que se conoce a través de los frutos que produce, y que echa por tierra toda la falsa doctrina romanista de las obras caritativas. Es decir, un creyente, que ya posee la salvación que Dios le ha dado, recién entonces está capacitado para transitar el camino de la virtud que El mismo le señala (Ef. 2:10).

Pero así como rechazamos las cosas que se oponen a la Biblia, tenemos también que señalar la frecuente desaprensión que existe en los hijos de Dios, quienes olvidan que han sido "criados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó para que anduviésemos en ellas". Esto constituye una afrenta para Aquel que se ocupó no sólo de salvarnos, sino determinó los medios de gracia para nuestra santificación y participación en sus propósitos santos, despreciando la Persona del Espíritu Santo que ha venido a morar en nosotros precisamente para "la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria" (Ef. 1:13-14).

II. - DEFINICION

Decía el Apóstol Pablo: "Porque por las obras de la ley ninguna carne se justificará delante de El; porque por la ley es el conocimiento de pecado" (Ro. 3:20). Por consiguiente, el hombre jamás podrá realizar ninguna obra que pudiéramos llamar "buena", puesto que tiene una naturaleza corrompida. Bien lo expresaba el Divino Maestro: "lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación" (Lc. 16:15).

Como consecuencia de ello, las buenas obras, en primer lugar se refieren a nosotros mismos; tienen que producir una tremenda transformación interior que haga desaparecer las manifestaciones del viejo hombre, para dar lugar a la nueva criatura, con todas sus características de pureza y santidad. No se trata de mejorar nuestro carácter, lo cual es imposible, sino de reemplazarlo por el de Jesucristo: "Y vivo no yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20).

Recién entonces, cuando se ha operado este cambio en nuestro ser, podemos ocuparnos de los otros; nuestro servicio a los demás proviene de esa nueva naturaleza que Dios nos ha dado. Así la Escritura recomienda ayudarnos unos a otros, tanto en cuestiones materiales como espirituales. De lo contrario, cuando estas cosas se hacen en la carne, ocurren todos los problemas que estamos acostumbrados a observar en las iglesias. El consejo apostólico era: "vosotros que sois espirituales... con el espíritu de mansedumbre" (Gál. 6:1), "enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos e himnos y canciones espirituales..." (Col. 3:16); "seguid lo bueno siempre los unos para con los otros..."

(1a. Tes. 5:15); "y de hacer bien y de la comunicación no os olvidéis: porque de tales sacrificios se agrada Dios" (Heb. 13:16).

Además todo lo que se refiere a las almas perdidas a quienes debemos llevarles el bendito mensaje de salvación, para lo cual tenemos que amarles como a nosotros mismos (Mt. 22:39). Aun a aquellos que se manifiestan como nuestros enemigos (Mt. 5:43-48). El ejemplo de Esteban, o rando por quienes lo apedreaban, es bien ilustrativo al respecto (Hech. 7:60).

III. - LA REALIZACION

No podemos negar las dificultades que existen en nosotros mismos para cumplir con estos requisitos divinos; pues la carne reclama sus derechos y permanentemente se opone al Espíritu para que no hagamos Su V oluntad (Ro. 7:14-25; Gál. 5:17). Sin embargo ya lo hemos señalado al comienzo, que las buenas obras tienen su origen en Dios: El las preparó; de manera que no se trata de algo imposible. pues de lo contrario se h y biera equivocado al hacerlo.

La posibilidad está en el Espíritu Santo que ha venido a morar a nuestro propio espíritu (Ro. 8:16) para proceder a realizar, no sólo ese cambio interior, del cual hablamos, sino también esa preciosa actividad en favor de otros. Desde luego que allí está la voluntad humana que es necesario someter para que todo esto sea realidad en nosotros: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame" (Lc. 9:23); señala la ineludible ley establecida por Jesucristo; fuera de ella jamás llegaremos a realizar las buenas obras que estamos estudiando.

Es interesante señalar también que, entre tantas diferencias que el cristianismo posee con las religiones del orbe, esta constituye una muy importante; porque aunque todas ellas tienen ciertos ideales de moral y buenas costumbres, los mismos son irrealizables porque se fundamentan en el esfuerzo humano; si bien algunos han sido copiados del judaísmo o del mismo cristianismo, la mayoría tiene su origen en las especulaciones humanas. Mientras que la Biblia nos enseña que "es Cristo en vosotros la esperanza de gloria" (Col. 1:27); tanto para esta vida como para la eternidad.

IV. - JUICIO DE LAS OBRAS

Es importante también decir que las obras que realicemos durante nuestra vida serán juzgadas, en el caso de los creyentes, por el tribunal de Cristo que habrá de celebrarse en los cielos mientras la tierra se debata en la Gran Tribulación (2a. Cor. 5:10). En este caso no se ha de determinar si el hombre es salvo o no pues esto se realiza automáticamente en el momento de la muerte o al ser arrebatados, por la presencia del Espíritu Santo en el corazón. Se trata del juicio de todas las obras que han efectuado los cristianos, las que son examinadas por la mirada flamígera del Señor Jesucristo (Jn. 5:22 y 27; 1a Cor. 3:13; Ap. 1:14). Todas aquellas cosas que fueron hechas en la carne, serán quemadas, permaneciendo únicamente lo realizado en el Espíritu (1a. Cor. 3:10-15).

También después del milenio, habrá otro juicio, el del "Gran Tro no Blanco", donde se juzgarán las obras de los salvados pertenecientes a las últimas dispensaciones (desde el arrebatamiento de la Iglesia en adelante), y de todos los perdidos desde que existe el hombre (Ap. 20:12-15). Por eso decía el Señor: "toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio" (Mt. 12:36).

V. - LOS PREMIOS

Nos interesa, desde luego, el Tribunal de Cristo, pues de él hemos de participar todos nosotros y si bien no podemos perder la salvación, que es un don de Dios, quizá quedemos completamente desprovistos de galardones. Si toda nuestra obra es quemada, nosotros seremos salvos, mas así como por fuego (1a. Cor. 3:15; comp. 1a. Cor. 5:5).

De acuerdo con el resultado del examen al cual hemos de ser sometidos, si quedan obras en pie, recibiremos los premios que el Señor tiene preparados para nosotros. La Escritura los identifica con coronas: de la vida, de gloria, de justicia, incorruptible, etc. (1a. Cor. 9:25; Fil. 4:1; 1a. Tes. 2:19; 2a. Tim. 4:8; 1a. Ped. 5:2-4; Ap. 2:10). Estos premios han de constituir los preciosos regalos de bodas que Cristo concede a Su Esposa, la Iglesia, antes de los esponsales.

Por esta causa es tan importante que, quienes formamos parte de ella nos ocupemos muy especialmente ahora, que tenemos tiempo, de nuestro comportamiento en el mundo; puesto que todo cuanto sucederá aquel día podemos decidirlo aquí en la tierra. Observando como se preparan las novias terrenas para el día de sus bodas y comparando ese hecho con nuestra propia experiencia como cristianos, podemos apreciar el poco valor que le damos a cosas tan gloriosas. ¡Que Dios nos perdone por nuestras faltas y nos encamine por la senda de salud!

VI. - ENSEÑANZAS

1º) Culminamos esta serie de estudios con una preciosa enseñanza, pues somos exhortados por Dios a transitar el camino de buenas obras que El preparó para nosotros (Gál. 5:16 y 25).

2º) Debemos meditar profundamente estas cosas y luego decidarnos de una vez por todas a realizar esta experiencia y no abandonar jamás este camino, cualesquiera sean las circunstancias por las cuales nos toque pasar (1a. Ped. 2:21).

3º) No debemos olvidar que las buenas obras no solo comprenden una acción del Espíritu en nosotros, sino también todo el servicio que podemos prestar a los demás, sean creyentes o incrédulos (2a. Tim. 2:20-21).

4º) Cada día al levantarnos podemos preguntarle al Señor: ¿qué es lo que esperas de mí?, y luego al entregarnos al reposo verificar si lo hemos hecho. De lo contrario el estudio realizado solo quedará en buenas intenciones en lugar de buenas obras (3tgo. 1:21-25).